

# Del eco-alarmismo a la ecología cotidiana

por **Anabel Manasanch** \*

“Humano soy y nada de lo que es humano me es ajeno”

Publio Terencio

“Los cambios esperados en el clima incluyen el **aumento de las temperaturas**, cambios en las **precipitaciones**, la elevación del **nivel del mar**, y la creciente frecuencia e intensidad de **fenómenos climáticos extremos**”.

Con estas palabras, el Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC)<sup>1</sup> anticipa nuestro futuro en la Tierra. La prosa fría y objetiva en que está redactado el documento, titulado “Cambio climático y biodiversidad”<sup>2</sup>, no deja de enfrentarnos con la idea de que el planeta en que vivimos está en camino de su autodestrucción. A lo largo de las 85 páginas que componen el informe, las malas noticias abundan. Se espera, advierte el IPCC, que los impactos de los cambios en el clima modifiquen “muchos aspectos de la biodiversidad”. El catálogo de fatalidades supera al mejor cine-catástrofe de Hollywood: **incendios, plagas y enfermedades, destrucción de las especies, contaminación de los suelos, aguas y aire.**

Las estimaciones para América Latina no son más optimistas: se anuncia la pérdida y retirada de glaciares, que podría afectar al suministro de agua en las áreas en donde su derretimiento es una fuente importante para obtener el recurso. A eso deben sumarse los impactos adversos en los bosques, las sequías más frecuentes, la degradación de la calidad del agua en algunas zonas y la reducción de las poblaciones de ciertos tipos de peces.

“Siete de las áreas más diversas y amenazadas del mundo se encuentran en América Latina y el Caribe”, alertan los especialistas de la ONU, reconocidos en 2007 -junto al ex vicepresidente de Estados Unidos, Al Gore- con el Premio Nobel de la Paz. La biodiversidad terrestre y marina de nuestro continente está “entre las más ricas del mundo”, señalan. Los bosques, por ejemplo, representan un 27 por ciento de la cubierta forestal del planeta. Las actividades humanas y el cambio climático ponen “en gran riesgo” muchos ecosistemas de la región, de los que dependen poblaciones indígenas y comunidades locales para sus formas de vida y de cultura.



\* **Anabel Manasanch**

Esp. en Comunicación y Medio Ambiente,  
TIF en curso. Licenciada en Comunicación  
Editora, docente e investigadora, FPyCS, UNLP.

## Eco-alarmismo

La tele parece confirmar los presagios del IPCC: el huracán Ike, con ráfagas que superan los 200 kilómetros por hora, barre las costas de Texas.

“Cuatro millones de personas quedaron sin electricidad. Las aguas inundaron rutas y miles de casas”, dispara el noticiero de la noche. La tragedia, contada en imágenes, gana la pantalla.

En el reino del “minuto a minuto” no hay tiempo para explicaciones. El riguroso análisis de los hechos no vende.

El inconveniente es que, de manera inversa a lo que ocurre en los medios, las cuestiones ambientales se desenvuelven en el largo plazo. Y, por esa razón, no encajan con la inmediatez, con ese ritmo acelerado y frenético de la industria de la prensa.

El mal llamado medio ambiente<sup>3</sup> se impone en los titulares, ligado de manera inevitable a la noticia-catástrofe. Incendios forestales, terremotos, accidentes nucleares, derrames de petróleo, envenenamientos por plaguicidas, olas de calor... el compendio de tragedias se torna insoportable. Pero nada se dice sobre la posibilidad de detener la degradación.

El propio IPCC subraya, en un informe publicado en 2001, que se debe fomentar la atención de los comunicadores “sobre la necesidad de recortar las emisiones de dióxido de carbono (CO<sub>2</sub>) y sobre el papel de la prensa en la divulgación de la idea de que **modificar nuestros estilos de vida y aspiraciones puede ser una manera efectiva para provocar un cambio cultural a mayor escala**”<sup>4</sup>.

En cambio, la impresión que recibimos de los medios es que el mundo “es una especie de carrera”, sostiene Alan Watts<sup>5</sup>. “Oímos ho-

rrores, injusticias, desastres (...) y... no podemos hacer absolutamente nada al respecto... Nos hallamos en medio de un sistema de comunicación que no funciona”, en el que toda la información “en realidad es inútil porque... no hay nada que podamos hacer”<sup>6</sup>.

Para el periodista científico español Jorge Alcalde, autor de *Las mentiras del cambio climático*, esta percepción del entorno no es un dato menor, si se tiene en cuenta que para la inmensa mayoría de los ciudadanos, la principal fuente de información sobre ambiente no son las revistas de ciencia ni las academias: “El imaginario común sobre el estado del planeta está formado por los cientos de imágenes de televisión y decenas de portadas de periódicos que siguen la corriente políticamente correcta impuesta por el *lobby* ecologista”<sup>7</sup>.

De hecho, **con las mismas armas del periodismo, cierta militancia de bandera verde, empeñada en inventariar el cataclismo ambiental y adicta al ejercicio de la denuncia, consigue ocasionarnos un idéntico efecto inmovilizador**. El apocalipsis ecológico que propagan sólo es funcional a la creencia de que la hecatombe planetaria ya es irreversible.

Se ha instalado en la conciencia colectiva la idea de que la modificación del clima provocada por el hombre “es imparable y está detrás de la mayoría de las desgracias naturales que a partir de ahora pueden ocurrirnos”<sup>8</sup>.

En medio de este confuso escenario, el ciudadano asiste con impotencia a un espectáculo del que no se considera parte. “Nadie le dice que algo de eso debe y puede ser modificado, todo lo contrario”, explica Miguel Grinberg.

La retórica ecologista consiguió que hoy prácticamente cualquier

fenómeno atmosférico extraño o inusual sea considerado una consecuencia del calentamiento del planeta, considera Alcalde<sup>9</sup>. De ahí que los medios culpen sistemáticamente al cambio climático de cualquier avatar meteorológico.

El eco-alarmismo denunciado por el periodista tiene una consecuencia clara: la percepción del ambiente como algo distante, situado en el exterior de nuestra experiencia. “Como si se tratase de fenómenos ubicados allá afuera, en otra parte”, causados por “ciertos excesos de la tecnología, pasibles de ser corregidos con más o mejor tecnología –señala Grinberg-. Diremos que no es así: que esos problemas están en nosotros y que sólo podremos alcanzar su solución modificando radicalmente nuestro estilo depredador de vida”. Algo que el periodista ambiental llama “comenzar a vivir eco-responsablemente”<sup>10</sup>.

## ¿Sólo una moda?

Lo cierto es que la **causa ecológica**, que hasta hace unos años era patrimonio exclusivo de los movimientos verdes, se instaló de lleno en la **opinión pública**.

“Ser verde está de moda”, titulaba *El País* de España una nota en la que María Gómez Silva se permitía mirar con cierto escepticismo el compromiso ecológico de personajes como París Hilton, Leonardo Di Caprio o Michelle Pfeiffer: “El respeto al medio ambiente vuelve a ser cool. Un goteo incesante de famosos se ha unido a la causa y, los que ya estaban en ella, han cobrado relevancia mediática”<sup>11</sup>.

En el mismo sentido, David Frum<sup>12</sup> apunta que, entre todas las causas de moda, “el ecologismo se ha convertido sin duda en la más *fashion*”.

Pero no sólo las *celebrities* se sumaron a esta tendencia. Convertido

en la nueva bandera de acción global, el cambio climático “pasa por ser el tema más *cool* de la política del siglo XXI”, sentencia Alcalde, quien asegura que situarse en las filas del ecologismo hoy “confiere cierta pátina contestataria”<sup>23</sup>.

Expresiones como “cambio climático” o “calentamiento global”<sup>24</sup> pasaron a formar parte de nuestro diccionario. No hace falta comprender bien de qué se trata; menos aún de profundizar sobre sus posibles causas. Esas palabras parecen contener una respuesta rápida y fácil a cualquier “desajuste” de la naturaleza, de los que somos claramente inocentes. (Ver: “¿Qué es el cambio climático?”).

“Aparecen libros con cien, quinientas o mil cosas que pueden hacerse para ‘salvar a la Tierra’, todas basadas en el consumo de nuevas mercancías que respetan el ambiente”, describe Grinberg. “El show se tiñe de verde: los políticos que hasta ayer no sabían diferenciar un eucalipto de un sauce, los comunicadores malabaristas de trivialidades, los modelos deslumbrantes (...) todos peroran hoy sobre la necesidad de vivir en armonía con la naturaleza”<sup>25</sup>.

### Nuestra Tierra, primera y última patria

No obstante, **la magnitud de los cambios evidencia que estamos ante un problema mucho más serio y complejo que su puesta en escena en clave *eco-fashion*.**

Empezamos a comprender que el riesgo es real. Por primera vez, el género humano está amenazado de muerte. “La Tierra es una Patria en peligro”, sentencia Edgar Morin<sup>26</sup>.

Pero no se queda en el fatalismo paralizante, sino que llama a salir del letargo y tomar parte en esta historia. A comprender de qué modo nuestras acciones individuales pueden transformarla: “Mientras que la especie humana continúa su aventura bajo la amenaza de la autodestrucción, el imperativo es: salvar a la Humanidad realizándola”.

Para Morin, la herencia de muerte del siglo XX no es sólo la de millones de personas en las dos guerras mundiales y en los campos de concentración nazis y soviéticos. Es también la de las dos “potencias de muerte”: la primera es la posibilidad de la muerte global de toda la humanidad a causa del arma nuclear; la segunda, es la posibilidad de la **muerte ecológica**. “Desde los años 70, hemos descubierto que los desechos, emanaciones, exhalaciones de nuestro desarrollo técnico-industrial-urbano degradan nuestra biosfera, y amenazan con envenenar irremediablemente el medio ambiente del cual hacemos parte: la dominación desenfrenada de la naturaleza por la técnica conduce la humanidad al suicidio”.

De modo que, si la modernidad se define como la fe incondicional en el progreso, en la técnica y en la ciencia, asevera Morin, “entonces esta modernidad está muerta”.

Sin embargo, el peor peligro conlleva también las mejores esperanzas. Los recursos creativos del género humano no están agotados, por lo que es posible “avizarar para el tercer milenio la posibilidad de una nueva creación: la de una ciudadanía terrestre, para la cual el siglo XX ha aportado los gérmenes y embriones”.

La educación –entendida como transmisión de lo viejo y apertura

de la mente para acoger lo nuevo– **“está en el corazón de esta nueva misión”.**

La reforma del pensamiento es central para la unión planetaria, que “necesita de una conciencia y de un sentido de pertenencia mutuo que **nos ligue a nuestra Tierra considerada como primera y última Patria**”.

El concepto de “patria” comprende una idea común, una comunidad de destino. Es en ese sentido que para el pensador se puede avanzar en la noción Tierra-Patria, porque finalmente todos los humanos desde el siglo XX viven los mismos problemas fundamentales de vida y muerte y están unidos en la misma comunidad de destino planetario.

Es por eso que “es necesario aprender a *estar ahí* en el Planeta. Aprender a *estar ahí* quiere decir: aprender a vivir, a compartir, a comunicarse, a comulgar; es aquello que sólo aprendemos *en y por* las culturas singulares. Nos hace falta ahora aprender a ser, vivir, compartir, comulgar también como humanos del Planeta Tierra”.

El desafío de nuestro siglo es comprender que debemos dedicarnos no sólo a dominar sino a acondicionar, mejorar, comprender, afirma el autor de *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. **“Debemos inscribir en nosotros la conciencia ecológica, es decir, la conciencia de habitar con todos los seres mortales una misma esfera viviente (biosfera)”.** Reconocer ese lazo nos conducirá a “abandonar el sueño prometeico del dominio del universo para alimentar la aspiración a la convivencia sobre la Tierra”.

## La ecología cotidiana

A pesar de esa percepción generalizada de la naturaleza como algo ajeno a nosotros, “seguimos claramente dependiendo de nuestro alrededor: aire, agua, alimentos, luz y espacios para el ocio y la recreación son tomados como un derecho inalienable de nuestra especie, en tanto descargamos en ese mismo ámbito crecientes detritos y descartes de porte diverso y malignidad intensa”<sup>17</sup>.

Sin desconocer que los cambios individuales deben ir acompañados de políticas gubernamentales, en los simples actos de nuestra vida cotidiana podemos reducir las emisiones de dióxido de carbono y de metano, objetivos centrales del célebre Protocolo de Kyoto. (Ver: “El Protocolo de Kyoto”). Lejos de renunciar al bienestar derivado de los recursos básicos como la luz y la calefacción, y del confort que en nuestros tiempos ofrece la tecnología –en algunos sectores sociales–, la apuesta es comenzar a usarlos de manera responsable.

“Cuando un europeo utiliza la cisterna de un inodoro o un estadounidense se ducha, consumen más agua que la que tienen cientos de millones de personas que viven en los barrios urbanos pobres o las áreas urbanas de los países en desarrollo”, advierte otro informe de Naciones Unidas sobre la crisis mundial del agua, que el escritor Mario Vargas Llosa reproduce en un artículo imperdible, titulado “El olor de la pobreza”<sup>18</sup>. “Con el agua que se ahorraría si los ‘civilizados’ cerráramos la canilla del lavatorio mientras nos cepillamos los dientes un continente entero de ‘bárbaros’ podría bañarse”, señala.

Asimismo, Grinberg focaliza en las múltiples eco-acciones al alcance de los ciudadanos. Y en lo que

respecta al agua, también subraya la importancia de la conservación. No dejar “correr el agua” displicentemente durante nuestras rutinas higiénicas es sin dudas un gran aporte, así como abandonar el uso de mangueras para lavar los autos y las veredas, y regar moderadamente las plantas. Otro dato importante es que las canillas y las válvulas de inodoros que pierden pueden malgastar entre cien y mil litros de agua por día. Es fundamental interrogarse acerca del potencial nocivo de todo lo que tiramos a la basura, al desagüe pluvial y a las cloacas. Y sustituir productos que pueden incidir en la contaminación de las aguas por productos inocuos.

En cuanto al uso responsable de la energía, la clave está en el ahorro: graduar el termostato en los sistemas de calefacción central, usar bombillas de luz de bajo consumo (que ahorran hasta un 75 por ciento), apagar la luz cuando no es necesaria y poner en marcha el lavarropas sólo cuando está lleno –lo cual también economiza agua– son algunos de los factores a tener en cuenta.

Es evidente que algunas sencillas medidas contribuyen a no malgastar la electricidad. Tapar las ollas, por ejemplo, es un modo de que el agua se caliente más rápido, consumiendo mucha menos energía, así como hervir solamente el agua que se necesita y limpiar las hornallas para evitar que se tapen y consuman un 10 por ciento más. También es importante descongelar las heladeras que hacen hielo, dado que aumentan un 20 por ciento el consumo eléctrico.

En la elección de los alimentos debe tenerse en cuenta que los de estación y producidos en nuestra región son más baratos desde el punto de vista del transporte y la refrigeración. Además, los ali-

mentos orgánicos se recomiendan porque utilizan menos tierra de labranza que las granjas intensivas.

Otro aspecto central de nuestra relación con el entorno está dado por los residuos. Independientemente del sistema de gestión local, cada ciudadano puede reducir la generación de basura, reciclando, reutilizando y reparando. Es aquí donde se debería optar, por ejemplo, por envases reutilizables y no descartables.

En lo referente al transporte, caminar, andar en bicicleta o tomar el colectivo, el subte o el tren –en lugar de movilizarnos en automóvil– contribuye al ahorro de combustibles fósiles.

En el trabajo también pueden implementarse algunos cambios: básicamente no malgastar papel y apagar la computadora cuando no está en uso, ya que cuando los equipos se dejan en stand by siguen consumiendo energía.

## Comunicar y educar para el futuro

Se afirma que la comunicación triunfa en nuestra era, en la que el planeta está atravesado por redes, teléfonos celulares, módems, Internet. Y sin embargo, afirma Morin, la incompreensión sigue siendo general.

**Los problemas ambientales, que antes nos quedaban lejos, ahora están entre nosotros.** Invaden las áreas urbanas. Se filtran en nuestra realidad cotidiana. El cielo da señales de que algo anda mal.

Pero este desasosiego que nos provoca la idea de un mundo irremediablemente fuera de cauce, puede ser también una oportunidad. El gran desafío de estos tiempos es que esa suma de profecías, tan eficaces para sembrar el pánico, se pongan al servicio de una causa mucho mayor: aspirar a un cambio de conductas que

nos acerque a un nuevo modo de vida individual y social.

Es evidente que para el diseño de un nuevo tipo de comunidad interactúan distintas fuerzas. **La educación y la comunicación aparecen**

**como frentes indispensables en esa transformación.**

“El problema de la comprensión se ha vuelto crucial para los humanos y debe ser una de las finalidades de la educación para el futuro”,

resume Morin, sin abandonar su ideal de alcanzar una ciudadanía terrestre, una comunidad planetaria organizada: “¿No sería esa la misión *de una verdadera Organización de las Naciones Unidas?*”.

### **Qué es el cambio climático**

El IPCC define al cambio climático como “una importante variación estadística en el estado medio del clima o en su variabilidad, que persiste durante un largo período de tiempo (normalmente decenios o incluso más)”. Puede deberse a “procesos naturales internos o a cambios del forzamiento externo, o bien a cambios persistentes antropogénicos en la composición de la atmósfera o en el uso de los suelos”.

En tanto, el Convenio Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMCC) en su Artículo 1 utiliza el término sólo para referirse al cambio causado por el hombre: “un cambio de clima atribuido directa o indirectamente a la actividad humana que altera la composición de la atmósfera mundial y que se suma a la variabilidad natural del clima observada durante períodos de tiempo comparables”. El CMCC distingue entre “cambio climático” atribuido a actividades humanas que alteran la composición atmosférica y “variabilidad climática” atribuida a causas naturales.

Jean-Pascal Van Ypersele indica que, desde la Revolución Industrial y la invención de la máquina de vapor, “la combustión masiva de combustibles fósiles (carbón, petróleo, gas natural) ha provocado un aumento del 35 por ciento entre 1750 y 2005 de la concentración atmosférica de dióxido de carbono, el gas con efecto invernadero de origen humano más importante. El CO<sub>2</sub> es un

efecto de desecho inevitable de cualquier combustión, y cerca de la mitad de las cantidades emitidas permanecen en la atmósfera durante casi un siglo; la otra mitad es absorbida por los océanos y los vegetales”.

### **El “efecto invernadero”**

Se trata de un fenómeno atmosférico natural, necesario para que sea posible la vida sobre el planeta. El sol calienta la superficie de la Tierra, pero esa energía no es absorbida totalmente, sino que alrededor del 70 por ciento es reflejada hacia la atmósfera. El vapor de agua, el dióxido de carbono y el gas metano retienen esa radiación –llamada “efecto invernadero”–. Esto permite mantener la temperatura del planeta.

Sin embargo, una pequeña variación en el delicado balance de la temperatura global puede causar desajustes. El uso de combustibles fósiles y la deforestación habrían provocado un aumento en las concentraciones de CO<sub>2</sub> y metano, además de otros gases, como el óxido nitroso, intensificando el efecto invernadero.

La consecuencia sería el aumento de la temperatura global, causante del derretimiento de los hielos polares y el aumento del nivel de los océanos.

En los últimos 100 años la temperatura de la Tierra se incrementó entre 0,4 y 0,80 C en su temperatura promedio.

Fuente: [http://www.bbc.co.uk/spanish/especiales/clima/ghouse\\_3.shtml](http://www.bbc.co.uk/spanish/especiales/clima/ghouse_3.shtml)

### El compromiso del CMCC

- El Convenio Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMCC) se adoptó el 9 de mayo de 1992 en Nueva York.
- Fue firmado por la Comunidad Europea y más de 150 países, en la Cumbre sobre la Tierra de 1992, celebrada en Río de Janeiro.
- Su objetivo es la “estabilización de las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera a un nivel que impida interferencias antropogénicas peligrosas en el sistema climático”.
- Contiene compromisos para hacer retornar las emisiones de gases no controladas de efecto invernadero por el Protocolo de Montreal a los niveles de 1990, hacia el año 2000.
- La Argentina ratificó el CMCC el 7 de diciembre de 1993, a través de la Ley Nacional 24.295.
- El Convenio entró en vigor en marzo de 1994.

### El Protocolo de Kyoto

- El Protocolo de Kyoto al CMCC se adoptó en la Tercera Sesión de la Conferencia de las Partes (COP 3) celebrada en 1997 en Japón.
- Compromete a los países que lo ratifiquen a reducir sus emisiones antropogénicas de gases de efecto invernadero (dióxido de carbono, metano, óxido nitroso, hidrofluorocarbonos, perfluorocarbonos y

hexafluoruro de sulfuro) a al menos un 5 por ciento por debajo de los niveles de 1990 durante el período 2008-2012.

- El Protocolo establece diferentes cuotas para los países en función de su nivel de contaminación pasada y presente. Los países que más hayan contaminado en el pasado serán los que más deban reducir sus emisiones.
- Fue firmado por 160 países y entró en vigor el 16 de febrero de 2005.
- En noviembre de 2006 tuvo lugar en Nairobi, Kenya, la segunda reunión de las partes del Protocolo de Kyoto, en paralelo con las negociaciones de la convención COP 12.

### La participación de la Argentina

- El embajador argentino Raúl Estrada Oyuela, representante especial para Asuntos Ambientales Internacionales de la Cancillería argentina, fue uno de los principales impulsores de la firma del Protocolo en la COP 3.
- Presidió el Comité encargado de su elaboración, donde encabezó la negociación.
- En noviembre de 1998, Buenos Aires fue sede de la COP 4.
- Nuestro país ratificó el Protocolo el 13 de julio de 2001 a través de la Ley Nacional 25.438.
- En diciembre de 2004 Buenos Aires volvió a ser sede para celebrar la COP 10.



## Notas

<sup>1</sup> El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) fue creado por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y la Organización Meteorológica Mundial (OMM) en 1988, al detectar el problema del cambio climático mundial. La función del IPCC consiste en “analizar, de forma exhaustiva, objetiva, abierta y transparente, la información científica, técnica y socioeconómica relevante para entender los elementos científicos del riesgo que supone el cambio climático provocado por las actividades humanas, sus posibles repercusiones y las posibilidades de adaptación y atenuación del mismo”. El Grupo respalda la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMCC).

<sup>2</sup> Documento técnico V del IPCC, “Cambio climático y biodiversidad”, abril de 2002.

<sup>3</sup> La expresión proviene de una mala traducción del inglés (*environment*) y se considera redundante, ya que los términos que la componen tienen la misma acepción por separado. No obstante, aún es mayoritario el uso de esta expresión.

<sup>4</sup> Alcalde, Jorge. *Las mentiras del cambio climático. Un libro ecológicamente incorrecto*, Libros Libres, España, 2007, pág. 14.

<sup>5</sup> Alan Watts fue filósofo, escritor y experto en religión comparada.

<sup>6</sup> Grinberg, Miguel. *Ecología cotidiana. Cómo transformar nuestra miopía depredadora en un acto de reverencia por la vida*, Biblioteca de Ecología, Planeta, Buenos Aires, 1994, p. 59.

<sup>7</sup> Alcalde, Jorge. Op. cit., p. 48.

<sup>8</sup> Alcalde, Jorge. Op. cit., p. 39.

<sup>9</sup> Ídem.

<sup>10</sup> Grinberg, Miguel. Op. cit.

<sup>11</sup> *El País*, 24 de agosto de 2007. Consultado en:

[http://www.elpais.com/articulo/revista/agosto/Ser/verde/moda/elpepucul/20070824elpepirdv\\_14/Tes](http://www.elpais.com/articulo/revista/agosto/Ser/verde/moda/elpepucul/20070824elpepirdv_14/Tes)

<sup>12</sup> David Frum pertenece al American Enterprise Institute for Public Policy Research.

<sup>13</sup> Alcalde, Jorge. Op. cit., p. 12.

<sup>14</sup> Aunque es frecuente el uso de ambas expresiones como equivalentes, el calentamiento global es sólo uno de los aspectos del cambio climático. Este implica, además del aumento de la temperatura, modificaciones en otras variables como las lluvias, la cobertura de nubes y todos los demás elementos del sistema atmosférico.

<sup>15</sup> Grinberg, Miguel. Op. cit., p. 62.

<sup>16</sup> Morin, Edgar. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), Francia, 1999.

<sup>17</sup> Grinberg, Miguel. Op. cit., p. 60.

<sup>18</sup> Vargas Llosa, Mario. “El olor de la pobreza”, en: *La Nación*, 25 de noviembre de 2006.

## Bibliografía

ALCALDE, JORGE. *Las mentiras del cambio climático. Un libro ecológicamente incorrecto*, Libros Libres, España, 2007.

GRINBERG, MIGUEL. *Ecología cotidiana. Cómo transformar nuestra miopía depredadora en un acto de reverencia por la vida*, Biblioteca de Ecología, Planeta, Buenos Aires, 1994.

MORIN, EDGAR. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), Francia, 1999.

PANEL INTERGUBERNAMENTAL DE EXPERTOS SOBRE EL CAMBIO CLIMÁTICO - PNUMA. Gitay, H.; Suárez, A.; Watson, R.T. y Dokken, D.J. [Eds.], Documento técnico V del IPCC, “Cambio climático y biodiversidad”, abril de 2002.

Consultado en:

<http://www.ipcc.ch/pdf/technical-papers/climate-changes-biodiversity-sp.pdf>

VAN YPERSELE, JEAN-PASCAL. *El clima visto desde el Sur. El calentamiento global según los países emergentes*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2008.

VARGAS LLOSA, MARIO. “El olor de la pobreza”, en: diario *La Nación*, Buenos Aires, 25 de noviembre de 2006.